

NÚMERO ORDINARIO, 15 CÉNTS.

NÚMERO ATRASADO, 25 CÉNTS.

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

Madrid: trimestre... Pesetas 2,50
 Provincias: trimestre... » 3

REVISTA TAURINA

PRECIO PARA LA VENTA

25 números ordinarios... Ptas. 2,50
 25 id. extraordinarios... » 5

La Correspondencia al Administrador, Calle del Arenal, 27, Madrid.—(No se devuelven los originales.)

SUMARIO

Los toros de la tierra, por J. Sánchez de Neira.—Los toros en Madrid.—Revista de Toros, Corrida extraordinaria, por Don Cándido.

LOS TOROS DE LA TIERRA

QUE se hicieron aquellos famosos toros criados en la sierra de Colmenar Viejo, que al aparecer en el ruedo de los Circos taurinos hacían temblar las chorreras de los toreros más valientes que entonces vestían de moños? A dónde han ido a parar las soberbias castas de Hernán Chivato, Elías Gómez, Manuel Aleas y Juan José Fuentes, que, con otras, fueron el terror de la gente de pelo trenzado? Aquel alto renombre de los toros grandes, bastos y cornalones que se revolían en un palmo de terreno, girando sobre las patas como gira una veleta impelida por el aire ¿dónde está?

Camino llevan de desaparecer los restos que de tales castas quedan, a juzgar por el resultado que han dado los toros lidiados en las corridas celebradas en Madrid los días 8 y 15 del presente Junio. Y no somos nosotros de los que creen que sus actuales dueños no tienen condiciones para dedicarse a su cuidado y que no entienden de dirigir la crianza de reses bravas: todo lo contrario. Precisamente ese esmero que ponen para afinar las castas, creemos que es uno de los motivos principales que hay para que degeneren. Más fuerte se cría el niño con alimentos sanos y digestivos, aunque el refinamiento los considere ordinarios y de mal tono, que con dulces y alfeñiques; más robusto a la intemperie que entre cristales, y más atrevido y bravo es, cuanta mayor es su ignorancia y la confianza que tenga en sus fuerzas físicas. ¿Defenderían los gomosos sietemesinos de hoy su patria con tan bélico ardor como la defendieron sus abuelos hace 80 años?

Pues lo mismo puede suceder — y cuidado que no decimos que suceda — con los toros de Colmenar Viejo, en nuestra pobre opinión. Sin tener presente el fin que tuvieron aquellos toros de la famosa ganadería de Gaviria, cuyos portentosos hechos en el primer tercio del presente siglo cuida la tradición de reproducir constantemente, los ganaderos de la tierra — que así decimos a los de Colmenar y sus cercanías — vienen dedicándose con laudable asiduidad, y sin escatimar gastos ni fatigas, a lo que se llama

ma *afinar* la casta, y en eso principalmente está su error. No hay que asustarse de la palabra. Ya sabemos que en esa *afinación* entra como base principal el cuidado en observar cómo se desarrolla la res en cuanto a sus instintos bravíos y también en lo tocante a su armadura y corpulencia; y mejor que nosotros saben todos los ganaderos cuán preciso es distinguir si el animal tiene más semejanza con la madre ó con el padre, para comparar y tal vez hacer cálculos probables de su mayor ó menor bravura, según la historia que sus ascendientes tuvieron en la vacada. Pero sin desatender esos cuidados, parécenos — y tal vez estemos equivocados — que los ganaderos de Colmenar se están preocupando demasiado para presentar en las Plazas toros de buen trapío y preciosa lámina, sin tener en cuenta que no han sido en lo antiguo los toros de la tierra los que por esas circunstancias se han distinguido, sino por su fiereza y brío, si se nos permite la frase: toros hoscos, bastos, de tanta fuerza en las patas como los de Portugal, ordinarios, en fin, pero bravos y valientes y duros y pegajosos. Bien puede apostarse que a D. Elías Gómez y a D. Manuel Aleas les costaba mucho menos criar un toro de lo que hoy les cuesta a sus hijos; y, sin embargo, acreditaron aquellos de tal modo sus ganaderías, que dura más de medio siglo su fama con justísima razón. ¿Será que los toros nacidos en la sierra no pueden ser *finos* sin perder bravura? ¿Han de ser montaraces, que tengan por costumbre ver poca gente y disfrutar pastos de calidad apropiado mejor que de abundante regalo? Bueno será que estudien el problema las personas a quienes interesar puede para saber con certeza si los procedimientos que innegablemente son buenos y surten apetecidos efectos en todas las comarcas del Sur de España, deben seguirse en las provincias del Norte, que tal vez el clima y las condiciones del suelo exijan distintas aplicaciones en la crianza de reses bravas.

Por lo demás, ni el fracaso que han experimentado las reses de la tierra este año en la Plaza de Madrid es irreparable, ni hay ganadería española que no le haya sufrido. Años hace que el inteligente ganadero D. Justo Hernández, soltó en el ruedo de esta Corte seis hermosos toros procedentes de la afamada ganadería que compró a D. Fernando Freire, de Sevilla, y defraudaron de tal modo las esperanzas de los aficionados, que salieron del chiquero mansos y mansos murieron, llegando a suponer el due-

ño si en el agua de las pilas de los corrales habrían arrojado substancias narcóticas los enemigos de la Empresa. Cuando los toros andaluces de Hidalgo Barquero estaban más acreditados, hubo una época en que dieron en nuestra Plaza tan mal juego, que gritaron los abonados:

Toros de Hidalgo Barquero...
 ¡que devuelvan el dinero!

Y de los mismos de Aleas, en otra ocasión como la que da motivo a este artículo, se cantó:

Si dan toros de Manuel Aleas,
 poco pierdes aunque no los veas.

¿Qué más? En LA LIDIA hemos referido antes de ahora que en una célebre corrida celebrada hace ya 40 años, al correrse toros de Veragua, que siempre han sido los primeros de la Península, tuvo la humorada de escribir un revistero aquella copla que tanto ruido hizo en los círculos taurómacos, y que decía en su primera parte:

Los toritos
 de Veragua
 como el agua
 blandos son, etc.

Y en los últimos años de la Plaza vieja, se vió obligado a retirarse del palco el Sr. Marqués del Saltillo al ver foguear toros suyos y gritar al público constantemente:

De los toros del Marqués,
 Libéranos Domine. —

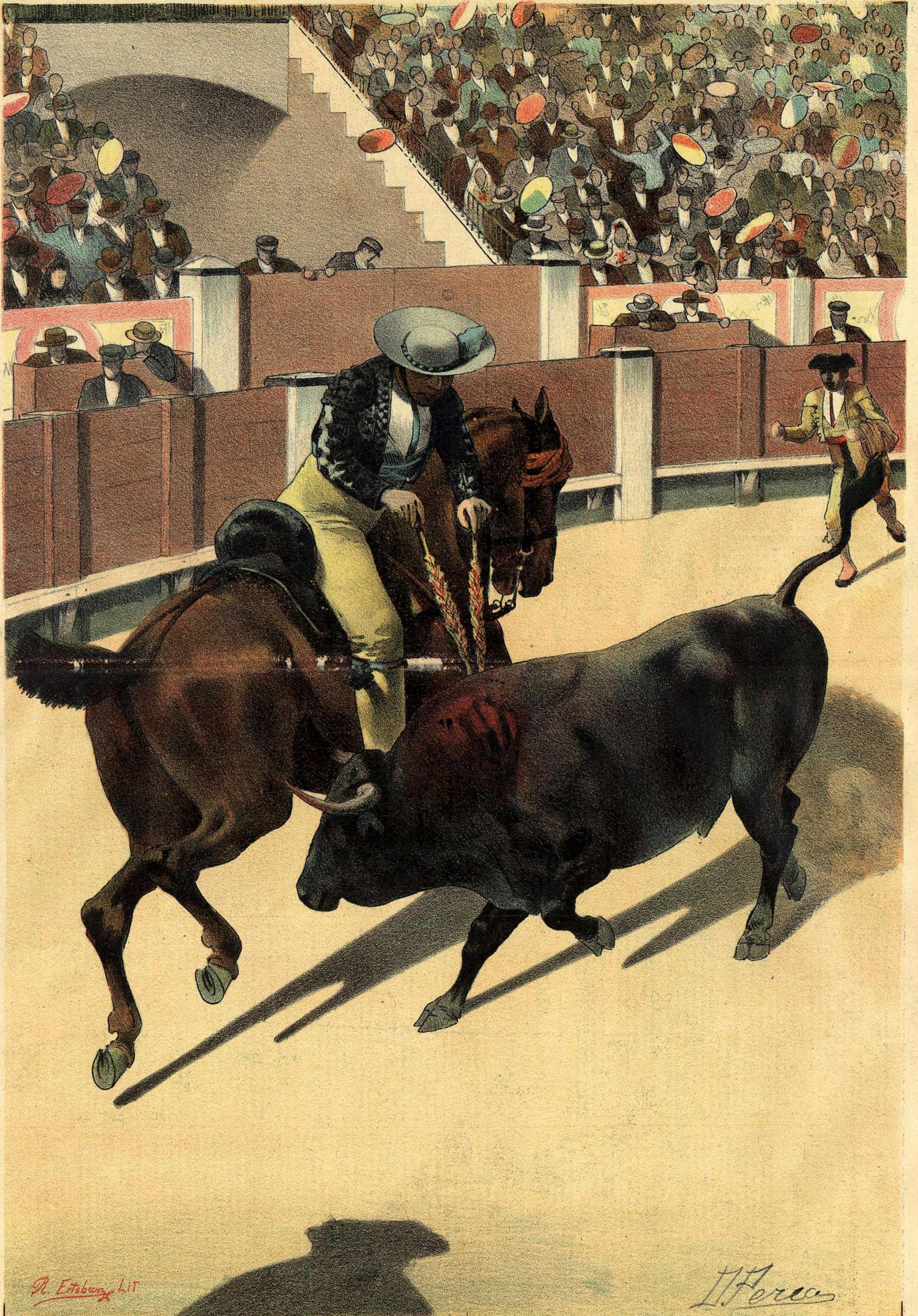
Como esos ejemplos podríamos citar muchos que probarían lo que todos sabemos. El toro es un arca cerrada de la cual no se sabe qué puede salir. Pequeño y feo era el *Faquetón*, de Salas, que tan gran faena hizo en el año de 1887; y hermoso, grande y bien puesto el *Recorto*, de Gómez, que fué quemado hace quince días.

Por eso repetimos que los ganaderos de la tierra, lejos de desmayar en la crianza de sus reses, deben dedicar su atención a observar cuáles son los medios que les den mejores resultados, para ponerlos en práctica luego que de su bondad estén convencidos. Juzguen por la experiencia que obtengan, si es más bravo un toro feo, largo y ligero, que uno fino, hondo y hermoso; ó, si, por el contrario, la sierra en que se crían, los prados en que pastan y las aguas que disfrutan, excluyen en la zona de Castilla la hermosura de las reses en cambio de fiereza mayor y más salvaje.

Claro es que llena más el ruedo un toro hermoso y de buen trapío; pero ¿cómo es mejor: hermoso y manso, ó feo y bravo?

J. SANCHEZ DE NEIRA.

LA LIDIA



LOS TOROS EN MADRID

Del notable libro que ha publicado nuestro amigo el distinguido escritor Sr. Millán, que lleva por título el que encabeza estas líneas, tomamos hoy parte de uno de sus capítulos para que se den cuenta de su brillante estilo aquellos de nuestros lectores que aún no le hayan adquirido.

El pueblo de Madrid es el más aficionado á toros de todos los pueblos, porque es el más inteligente en la materia. No se tiene aición á lo que no se entiende.

Esa amalgama de personas que forman el público de nuestro Circo, descubre allí los diferentes caracteres que la componen; y en medio del bullicio de la fiesta, en la excitación que produce, no es posible sentir algo y no decirlo; tener determinadas simpatías y no expresarlas: abrigar una convicción y no ponerla de manifiesto; no hay medio de sustraerse á la tensión nerviosa que el espectáculo ofrece; hay comecón de hablar, de discutir, de comentar, y se entabla conversación con el vecino, aunque no se le haya visto en la vida, sin mirar quién es. ¿Está allí, sigue con interés la corrida? Pues es un aficionado, un igual.

A este cambio de impresiones, á esta discusión, llevan los unos su ingenio ó su gracejo, los otros su práctica de ver toros ó la experiencia de muchos años de aición; éstos el sentimiento estético; aquéllos sus arranques de varonil esfuerzo que quisieran comunicar en todo momento á los lidiadores, resultando de todo esto un conjunto de ideas grandiosas sobre la fiesta que no tiene ni puede tener ningún público, porque no entran en él tales componentes.

Aquí son consideradas las corridas como un espectáculo que impone; en otras partes como una diversión en la que se pasan alegremente algunas horas.

Salvo honrosas excepciones, la fiesta de toros en provincias causa penosa impresión á los aficionados de Madrid.

Allí puede decirse que el espectáculo se degrada, se prostituye, pierde su carácter. La suerte de varas es la esencial, no por los incidentes que de ella resultan, sino por lo que es en sí. Cuantos más puyazos reciba el toro mejor; á mayor número de caballos muertos más aplausos á los picadores; nada importa cómo y dónde se pica; la cuestión es pinchar incesantemente, no dar paz á la mano, entregar los caballos, hacer que dure lo más posible esta suerte. ¿Acaba? Pues para la mayor parte del público ya no hay nada que ver hasta el toro siguiente; suenan las gaitas, las guitarras; si el lleno no es muy grande se baila en los tendidos mientras el matador hace su faena. Cuando los que las han visto aplauden, los bailarines se vuelven y baten palmas furiosamente, sin saber á quién ni por qué; el asunto es hacer ruido, gritar, vociferar, divertirse; á eso van á la Plaza. Son aplaudidas cosas que aquí armarían una tempestad de protestas, y se silba en cambio lo que está dentro del arte, lo que tiene un mérito indiscutible.

Así es que cuando un matador torea mucho por provincias sin hacerlo en Madrid, se resabia, adquiere vicios en el toreo, permítaseme la frase, que le hacen perder en la opinión de los aficionados.

En la Plaza de Madrid se considera al espectáculo con toda seriedad. A veces tal vez con demasiada; no se transige con nada que tienda á convertir la fiesta en entretenido pasatiempo; se ve el mérito allí donde existe; se juzga la suerte bajo la impresión del momento; los denuestos lanzados á un torero se convierten en aplausos á los pocos minutos; sigue el público con tanto interés y tanta inteligencia todos los incidentes de la lidia que no pierde detalle, le entusiasma lo bueno, lo malo le exaspera y hace justicia á todos, hasta al toro. Cuando el animal ha sido noble y bravo y el matador no hace buena faena, se indigna con el diestro porque tal toro no merecía semejante muerte. A veces ciertos toros arrebatan al público y se aplaude al ganadero; en ocasiones se ha llegado hasta impedir que determinadas reses hayan sido muertas y cuando, como sucedió con el toro *Jaquétón*, esta especie de gracia de indulto se hace imposible, al sacar arrastrado al bruto se le tributa una ovación inmensa que alcanza en aquellos momentos á toda la ganadería.

El público de Madrid se equivoca pocas veces; lo que aplaude es bueno, lo que censura malo.

Cierto que en ocasiones la ignorancia de los menos, cuando alborotan, se impone á la inteligencia de los mas que callan; pero esto dura muy poco, el arte triunfa al fin, los ignorantes quedan derrotados, las revistas taurinas que, en medio de sus defectos (no todas), han llevado lidia en Madrid á su verdadero terreno, se encargan de fastigar á los ignorantes, la lección surte efecto y poco á poco se halla menos que censurar en el público madrileño.

Que hay apasionamiento, que las opiniones se dividen, es verdad; pero siempre estos apasionamientos los han producido toreros de valía. Desde las primeras competencias de Romero y Pepe Illo, hasta las últimas entre *Lagartijo* y *Frasquito*, todo el público no apreció del mismo modo el toreo de los diestros rivales. Cada cual juzgaba á éstos conforme á su carácter, á su temperamento, á sus teorías sobre la fiesta; pero es innegable que aquellos que han sido objeto de tales juicios, eran dignos de la importancia que les concedía.

Y cuando en alguna de esas rivalidades algún torero no ha sabido afrontarlas, el público le ha vuelto la espalda relegándole al olvido.

Aquí está la verdadera escuela, en nuestra Plaza se hacen los toreros. Lo que aquí no gusta, lo que no tiene aceptación, lo que no se aplaude, seguramente poco vale ó nada significa.

La Plaza de Madrid, que hasta en su aspecto material tiene algo de imponente y de grande que avasalla, es la que da patentes de maestro.

¿Hay algún diestro que no la tenga? Pues siempre ocupará un lugar secundario en su profesión.

Poco á poco nuestro público ha hecho que el espectáculo se perfeccione. Si se compara la lidia de hoy con la de otros tiempos, si leyendo las cartas y revistas antiguas de toros se estudia lo que entonces era el toreo y lo que es hoy, se hallará una notable ventaja en lo moderno.

De día en día se agranda, se le empuja al límite de la perfección, tiende á que el combate entre el hombre y la fiera sea una verdad.

Por eso el matador que solo, sin la ayuda de sus peones, va á habérselas con el bruto y entabla la lucha frente á frente, oponiendo á la pujanza el arte, á la furia la habilidad, á la acometida la destreza, será siempre aplaudido á poca suerte que tenga al herir, porque ahí está lo grandioso, lo noble, lo varonil de la fiesta.

Matar un toro llevando al lado una turba de banderilleros que lo recortan, lo vuelven, lo distraen, lo cansan, es indigno de un matador serio; constituye una especie de asesinato, no revela la varonil entereza, el arrojado esfuerzo, el noble arranque peculiar de nuestras lides.

Claro está que no siempre puede hacerse aquello; debe intentarse en la inmensa mayoría de los casos, y entonces el toreo será en absoluto lo que debe ser: el duelo entre la inteligencia y la fuerza, entre el hombre y la fiera.

Toros en Madrid.

CORRIDA EXTRAORDINARIA.—22 DE JUNIO DE 1890

Por arte, no de birlibirloque, sino de las ligerezas é informalidades de la Empresa, quedó convertida la undécima corrida de abono en una extraordinaria, con la fundamental advertencia de que la tal de abono ya no podría verificarse. ¡Es claro! Si se cambian los elementos dispuestos para una cosa, ¿cómo demonios ha de realizarse, ni cómo es posible que marchen por su cauce natural los acontecimientos, si los encargados de dirigirlos no saben por dónde se andan?

En el cambio mismo de la corrida de ayer, quedó esto plenamente demostrado. ¿No era más fácil anunciar que los billetes de la de abono serían valederos para ésta, que causar á los abonados la molestia de ir á canjearlos al despacho, y exponerse á que, en vez del canje en papel, se hiciese en metálico, como muchos lo verificaron?

Pues sufra quien sea las consecuencias de estas veleidades, que ya han empezado á palpar, y no insistamos ahora en el asunto, por no disponer de tiempo ni de espacio.

Comenzó á llover y aparecieron las cuadrillas capitaneadas por Guerra y Lagartijillo, dándose suelta después de los saludos de ordenanza al

1.º *Algarrobo*; negro listón, bragado, cornicorto y pequeño.

De muy buena sangre fué el torillo, recortado y picado de la peor manera posible; sin embargo de esto tomó 10 varas y retiraron dos caballos.

El Calesero le atravesó la piel en una vara, costando grandes fatigas el sacársela.

Primito sale en falso una vez y mete cuarteando medio par, y Mogino uno entero superior, repitiendo el primero con otro de sobaquillo.

Guerrita, de magenta y oro, comienza su faena con un preparado, al que siguen dos naturales y uno superior de pecho; después de esto el toro le come el terreno al matador de puro querencioso, y éste, con los terrenos cambiados, entrando corto y por derecho, mete un soberbio volapié que bastó para dar fin de su enemigo. (Aplausos.)

2.º *Carbonero*, negro bragado, meleno, cornidelantero, largo y estrecho; tomó con escasa voluntad ocho varas, dió tres caídas y mató tres caballos.

Corito, sin preámbulos, puso un par y su compañero Maguel otro un poco desigual, terminando Corito después de mucho tiempo con medio par malo.

Lagartijillo, de negro y oro, emplea una faena desplegada pasando sin rematar, y pincha en hueso, sigue pasando en las tablas, y en ellas, se arranca á matar sin estar el toro igualado y teniendo la cabeza en el suelo, dando una estocada baja y sufriendo el matador un varetazo; después pretende entrar estando el bicho aculado en las tablas y por poco sufre un desavío; pincha luego en hueso y da otra honda, descabellando por fin á la primera.

3.º *Recobero*, berrendo en castaño, botinero y capirote, blando y toponazo. Tomó sólo seis varas por dos caídas y un caballo muerto.

Entre Guerra menor y Primito colocan dos y medio pares, correspondiendo el medio á Primito, y siendo sólo aceptable el segundo par de Guerra.

Incierto y desarmado encontró Guerrita á *Recobero*, y con sólo seis pases cuadró y metió una estocada, que resultó caída del lado contrario, terminando con un buen descabellado. (Aplausos.)

4.º *Corrión*, berrendo en negro, capirote, botinero, pequeño, fino y corto de cuernos.

El torillo toma siete varas, por tres caídas y tres caballos muertos.

Cuevas y Corito clavan tres pares, correspondiendo al primero un par y dos medios, todos malos.

Lagartijillo le pasa sin castigar 12 veces con ambas manos y entrando de cerca, pero echándose fuera, le da una corta é ida; sigue con otra arrancando, buena, aunque un tanto perpendicular, pero que basta para que el animal se eche, rematando el puntillero.

5.º *Gallito*, colorado listón, ojo de perdiz, de libras y gacho de armas.

Tomó, tardeando, nueve varas, dió seis caídas y mató dos caballos.

Mogino deja un gran par de frente, y en su turno repite con otro superior, en igual forma, y el hermano de Guerra medio par, bajo, cuarteando lo.

Guerrita encuentra al toro noble y bravo, y se empena, deslucándose, en llevarlo á las tablas; gracias que la estocada, un buen volapié, fué engendrada superiormente y dispuso la mala impresión de la faena de muleta; con esto y un lucido descabello terminó con la vida del 5.º toro, y fué premiado con una ovación.

6.º *Mapolito*, colorado, bragado, ojinegro y bociblanco, grande y de poder en la cabeza.

Tomó siete varas, dió seis caídas y mató tres caballos.

El público pide que pareen los espadas, y éstos no acuden, clavando en cambio Maguel un par al cuarteo, y Cuevas otro menos que mediano, terminando el primero con uno aprovechado.

Más sereno que en los dos anteriores, comienza Lagartijillo su faena, pero el toro se queda, y por lo tanto no puede ésta resultar lucida.

Consigue que se cuadre y da una corta, en buen sitio, que pone al animal en disposición de descabellarle, consiguiéndolo á la primera vez que lo intentó.

EL GANADO

Tenemos, pues, que el ganado de D. Anastasio Martín, de Sevilla, sin ser sobresaliente, cumplió como bueno, presentando bonita y variada lámina, y hallándose bastante metido en carnes.

Para la lidia no trajeron malas condiciones, mereciendo mención especial en el primer tercio, el último, por su gran cabeza; y el primero, que de ser más ganado, hubiera resultado una res de primera. Todos los demás, voluntarios, flojeando únicamente el tercero. En banderillas se quedaron algunos, efecto de la infernal faena de varas que llevaron toda la tarde, y para la suerte suprema, no ofrecieron dificultad.

Después de otra corrida, nada más que regular, no hubiesen lucido tanto; pero tras el recuerdo de la serie de petardos que nos han largado los de la tierra, fueron muy del agrado del público.

LOS MATADORES

Guerrita.—Otra buena tarde para el intrépido matador, sin que la creamos exenta de algunos lunareillos que expondremos con entera franqueza.

El primer torito, de ardiente sangre, llegó á la muerte, comiéndose codiciosamente el trapo. A la ligereza del bicho no opuso Guerrita el aplomo necesario en la brega, resultando esta violenta y precipitada por parte del matador, que aprovechó, sin embargo, la primera oportunidad, y cobró al enemigo de una buena estocada.

En el tercero, que acudia bien, el espada lo pasó con extraordinaria concisión, en sólo cinco muletazos, todos á flor de tierra, y entró con gran deseo, al volapié, clavando una estocada entera, un poco caída del lado contrario, y terminando con un buen descabello.

En el quinto no comprendimos la primera parte de la faena. Compuesta de copiosos medios pases, y con gran insistencia en acercar el toro á las tablas, ignoramos los propósitos del diestro, toda vez que el animal se dejaba lidiar en su terreno. Después enmendó su trabajo, cuadró bien y entró con un coraje asombroso, saliendo de la reunión poco menos que despedido por la fuerza de ella, dejando una estocada hasta el puño un poquito trasera y descabellando también á la primera.

Estas dos últimas faenas le valieron muchos aplausos y tabacos merecidos en verdad.

Bregando, con exceso; como director flojísimo y digno de censura al quitar el toro á su compañero, en una caída al descubierto de Figueras. Para obtener aplausos no necesita ni debe emplear esos procedimientos.

Lagartijillo.—Bastante desigual en la corrida que reseñamos. En el segundo toro pinchó mucho, por empenarse en tomar á la res con exceso cerrada en las tablas, y sin la salida necesaria para el matador, demostrando en ello escaso conocimiento en las colocaciones respectivas.

En el cuarto, pesado con la muleta; al herir lo hizo en corto las dos veces; pero sin vaciar lo necesario, saliendo, por tanto, apurado.

Y en el último, la faena fué apropiada á las condiciones del toro, que se quedaba, desarrollándola con inteligencia, no estando tan acertado al herir á toro humillado, aun cuando el acero cogiese buen sitio.

En lo demás, muy aceptable; ciñéndose en algunos quites.

De los banderilleros, Mogino, superior de verdad, y sólo él; y de los picadores, ninguno.

La Presidencia bien; la tarde bochornosa y con gotas, y la entrada para perder.

DON CÁNDIDO.